

Nuevos horizontes

Con la toma de posesión, el próximo 20 de enero, de la presidencia de Estados Unidos de América del demócrata Barak Obama, se abren una serie de horizontes en la situación general. Si bien lo más destacado de este hecho es que por primera vez en la historia alcanza la primera magistratura de la nación un afroamericano en un país en el que hasta hace cincuenta años no se reconocían en la práctica los derechos civiles de los negros, otra serie de aspectos permiten predecir algunos cambios que van afectar a las relaciones internacionales. De los muchos análisis posibles, nos limitaremos a dos: lo que representa simbólicamente en el largo camino de la humanidad hacia la conquista de todos los derechos humanos y lo que significa política y económicamente que, tras dos legislaturas republicanas, se elija a un demócrata.

El triunfo de Obama ha sido claro, aunque menos holgado de lo que vaticinaban las encuestas: consiguió 364 votos electorales, cien más de los necesarios, y 63 millones de votos populares, frente a los 56 millones de votos populares obtenidos por el candidato republicano McCain. Obama mejoró en un 27 por ciento los resultados conseguidos por el candidato demócrata Kerry en las anteriores elecciones, obteniendo el 25 por ciento más de votos hispanos y el 25 por ciento más de votantes menores de 29 años. Los avances

han sido generales en todos los Estados, incluidos los feudos republicanos tradicionales. El voto de las minorías raciales y de los marginados fue decisivo, pero éste voto no habría sido suficiente si Obama no hubiera recibido también los votos de un notable porcentaje de blancos y bien instalados en la prosperidad. Es toda la sociedad americana la que lo ha aupado al poder.

Es muy probable que el Partido Demócrata hubiera triunfado, cualquiera que hubiera sido su candidato, porque el desgaste republicano, agravado por la guerra de Irak y la crisis económica, era manifiesto. El verdadero triunfo de Obama se cimentó en el momento en que ganó las primarias de su partido a Hillary Clinton. A partir de ese momento, el camino hacia la presidencia estaba expedito, sobre todo teniendo en cuenta que supo plantear una campaña en la que sintonizó con las aspiraciones de todas las minorías, lo que da un especial significado a su elección.

Un hito hacia la igualdad racial

Hasta Obama, parecía imposible que un negro alcanzase la presidencia del Estado. En el fatalismo no escrito de una sociedad discriminadora de la minorías, el americano tipo debía ser WASP —*Wite, Anglosaxon, Protestant* = Blanco, Anglosajón, Protestante—. Quien no reuniera estas tres condiciones, tenía cerrado el camino a la presidencia. El tabú religioso ya se había roto con la elección en 1960 de Kennedy, que era católico, pero romper el tabú racial era mucho más complicado. El pasado 4 de noviembre de 2008 es ya una fecha histórica porque ese día las urnas —es decir, la voluntad nacional— rompieron también los tabúes raciales. Si bien la superación del tabú racial no ha sido radical, puesto que Obama no es afro puro, sino mulato —hijo de Keniata y americana—, se ha dado un paso significativo hacia esa nueva situación que se anuncia cada vez más cercana en un país en el que casi el 20 por ciento de la población es de raza negra.

Con todo, el cambio es simbólicamente profundo, y para calibrarlo, basta recordar brevemente la historia americana. En 1863, en plena guerra de Secesión, hace solo 145 años, Abrahán Lincoln, un presidente republicano, abolió la esclavitud. Esta abolición le costaba la vida, al ser asesinado dos años después por una conspiración racista. Nada más acabar la guerra de Secesión, varios ex soldados sureños fundaron el *Ku Klux Kan* (KKK), organización dedicada a intimidar a los negros y a aquellos blancos que se relacionaban de igual a igual con ellos. Resentidos por su derrota militar y por la liberación de los esclavos, los Estados del sur multiplicaron las leyes discriminadoras contra

los negros. Este proceso regresivo, conocido como *Reconstrucción*, terminó por contagiar a algunos Estados del norte hasta el punto de que las ideas emancipadoras de Lincoln fueron acomodadas, es decir, traicionadas durante la presidencia de Hayes (1876-1880).

Como los Estados no podían anular los derechos de los negros, garantizados en la Constitución, se acuñó la maligna fórmula de la segregación: *Separados, pero Iguales*. Fórmula ésta que resultó un eufemismo artificioso para camuflar bajo una aparente igualdad de oportunidades lo que en realidad no era sino una dramática discriminación negativa de los negros. *Separados, pero Iguales* significó hasta los años sesenta del siglo pasado, que a los negros no se les permitía asistir a las mismas escuelas que a los blancos, que los negros no podían viajar en la misma zona de los mismos autobuses, que los negros no podían recibir asistencia médica en los mismos hospitales... Esta segregación mantuvo plena vigencia legal hasta hace poco más de cincuenta años, cuando, en 1954, la Corte Suprema de los Estados Unidos decidió que la educación pública segregada no era igual y, por tanto, la segregación escolar en las escuelas públicas era anticonstitucional. Pero la segregación siguió viva hasta bien entrada la década de los sesenta.

Obama, en el fondo y en la forma, ha recordado a muchos a Martin Luther King, el gran luchador a favor los derechos civiles de los negros, lucha por lo que recibió el premio Nóbel de la Paz en 1964 y por la que fue asesinado en Memphis en 1968. King acuñó entonces una serie de mensajes que movilizaron la opinión pública y terminaron alcanzando el reconocimiento de los derechos civiles de los negros: *el sufrimiento inmerecido es emancipador; no nos resignamos a que los negros sean una isla de pobreza en un océano de abundancia; venimos a Washington no a pedir, sino a cobrar el cheque de nuestra dignidad*. Obama ahora ha utilizado unos recursos retóricos similares: ha hablado de una nueva *tierra prometida*, ha hecho suyo el eslogan de las comunidades hispanas y del movimiento chicano, liderado por César Chávez hace unos treinta años: *Sí, podemos*. Ha asumido también de los chicanos la teoría del *poder compasivo*, lo que equivale a reclamar un cambio profundo en un país en el que la compasión está ausente en las relaciones de poder.

Continuidad y cambio en lo político y económico

Si bien la llegada de Obama al poder ha sido recibida con entusiasmo y saludada por todos —izquierda y derecha— en cuanto significa de rotura del tabú racial, en los otros aspectos la recepción mundial de su programa ha sido

más cautelosa. Obama acuñó una bella frase: *Lo improbable es posible*, mediante la cual sintonizaba con la esperanza de muchos de que, aunque estén sólidamente implantadas, las reglas de juego y el reparto de poder se pueden modificar. Queda ahora por verificar si las bridas del sistema le permitirán cumplir lo que ha prometido. Las convicciones éticas personales que ha sabido transmitir no se han contrastado aún con el ejercicio responsable del poder y con las limitaciones que encontrará, dentro y fuera del país. Por ello una serie de preguntas quedan pendientes de respuesta.

La primera es sobre qué va a ocurrir en lo relativo al respeto a la dignidad y a la presunción de inocencia de los prisioneros; el cierre de la prisión de Guantánamo (Cuba) y el juicio inmediato o la liberación de los detenidos sería un indicio claro de que el cambio había llegado.

La segunda está relacionada con la forma de abordar el problema de la seguridad nacional, replanteado con mayor fuerza después de cada atentado terrorista; ¿se impondrá como prioritario y condicionará, en mayor medida que los deseos de Obama, tanto la retirada de Irak como el volumen de la presencia estadounidense en Afganistán y sus posiciones sobre el apoyo a Israel y la oposición a la nuclearización de Irán? Su posición sobre la nuclearización de Irán no parece que vaya a sufrir cambios, ya que al coincidir los asesores presidenciales nombrados con los que han desempeñado un papel similar en la época Bush, es previsible que sigan manteniendo la misma tesis, la de la amenaza grave para la seguridad nacional. Puede que la retirada de Irak se produzca a un ritmo no muy diferente del que se hubiera producido de haber ganado las elecciones los republicanos, es decir, no será inmediata (2011?) e irá adoptando otras fórmulas tales como la de la *asistencia técnica* —otra forma más sutil de intervención— cuando el gobierno iraquí sea capaz de controlar el territorio y a los terroristas. El hecho de que Obama haya pedido la continuidad de Gates, Secretario de Defensa y máximo estratega de Bush en Irak, significa que la continuidad será, de momento, mayor que el cambio.

La tercera sobre la promesa electoral de cobertura sanitaria mínima para todos los estadounidenses —hay 45 millones de ciudadanos que carecen de ella— chocará con un elemento nuclear de la idiosincrasia americana, el principio de que cada uno se resuelva sus problemas sin trasladarlos a otros ciudadanos ni al Estado. Principio éste, tan enraizado en el carácter y proceder de los norteamericanos, que llegan a atribuirle su dinamismo y poderío. No obstante, en esta cuestión, Obama dispondrá de resortes legales y de mayorías parlamentarias para ejecutar su programa, por lo que en esta cuestión fácilmente haya más cambio que continuidad.

La cuarta pregunta es sobre la continuidad o no en materia económica, aunque por los pasos iniciados parece que en este terreno la continuidad será casi absoluta. Las fórmulas de tratamiento de la crisis financiera y de la crisis productiva serán las mismas que aplicaron los republicanos, es decir, continuará practicando la llamada *excepción liberal*, consistente en la intervención temporal del Estado mediante préstamos y compra de activos a bancos y empresas para tratar de conseguir inyectar dinero en el mercado de trabajo y en el consumo familiar. Solo puede interpretarse en clave de continuidad el que Obama haya nombrado presidente del *Consejo de Recuperación Económica* al octogenario Paul Wolcker, que fue presidente de la Reserva Federal nada menos que con Reagan. Se trata del presidente de la revolución conservadora y gran referencia de los *neocon*.

Por último, al menos de momento, también habrá más continuidad que cambio en asuntos sobre los que podría esperarse lo contrario, como la pena de muerte y el matrimonio entre homosexuales. Obama no se ha manifestado a favor de la abolición de la pena de muerte y continuará dejando el tema a la decisión de cada uno de los Estados. Sí se ha manifestado contrario al matrimonio de homosexuales, dato de su discurso electoral que ha sido maliciosamente silenciado por la mayoría de los medios de comunicación españoles.

Lecciones externas

Las elecciones americanas, vistas desde fuera, proyectan también una serie de imágenes que en muchos aspectos invitan a la reflexión. La primera es que llama poderosamente la atención a los que lo ven desde fuera cómo el candidato republicano McCain supo perder y el candidato demócrata Obama supo ganar. En sus respectivos discursos del día 5 de noviembre ambos coincidieron en reconocer que el tiempo de la diferencia terminó con la apertura de las urnas y en expresar la unidad nacional efectiva en torno a los dos ejes de la democracia: la seguridad y la libertad.

Llama también la atención la continuidad en aspectos importantes, Obama asume el timón de la lucha mundial coordinada contra el terrorismo. Así parece haberlo comprendido la Internacional terrorista de Bin Laden que, a través de sus portavoces, ha definido a Obama como *el lacayo negro de los blancos*.

Si con su voluntad de cambio en aspectos fundamentales relativos a los derechos humanos Obama ha dejado sin coartada a toda la izquierda europea,

que tendrá que revisar su antiamericanismo primario, más exacerbado que nunca en la era Bush, es de esperar que el talante de Obama, menos arrogante, al menos en apariencia, que el de Bush, pueda favorecer la restauración leal de la unidad atlántica en materia de defensa y de cooperación multipolar, junto con Rusia y otros países emergentes, en materia económica y en la lucha contra el terrorismo internacional.

Las urnas no hicieron más que certificar un profundo progreso político, social, cultural y moral del conjunto de la sociedad americana. Si bien este camino de progreso no ha coronado ni mucho menos la cima, promete iniciar un campamento intermedio para disfrutar lo conseguido y para tomar fuerzas con las que proseguir con la gran escalada.

En Obama se ha producido una especie de redención vicaria de toda la sociedad americana, lastrada de racismo desde sus orígenes. Parece que ahora le toca impulsar la lucha contra la discriminación de los inmigrantes hispanos y orientales y poner en cuestión las rígidas murallas físicas y legales que, desde las fronteras hasta el último rincón de la América profunda, establecen discriminaciones inadmisibles. Obama dispone, al menos, de cuatro años para transformar en realidad la gran esperanza que entre estas minorías ha generado. ■